

valor capital de la acción, sólo tienen un valor aislado y ornamental. Cuando el autor establezca en sus obras el equilibrio y la medida justa de los múltiples elementos de que dispone, alcanzará por sí solo categorías y preeminencias, sin que nadie tenga que dárselas o quitárselas.

Por el momento, creemos que si Oscar Castro no ha alcanzado aún las cumbres de la literatura criollista, ya va clavando firmemente en ella, sus huellas.



<https://doi.org/10.29393/At194-16MMBC10016>

MEDITACIONES MÍNIMAS (Ensayo sobre paremiología árabe) por  
*Benedicto Chuaqui. Nascimento, Santiago*

«No sólo de pan vive el hombre» . . . ; no sólo de arte puro vive el espíritu, se podría decir, parodiando al autor de estas *Mínimas Meditaciones*.

Place coger un libro como éste, y recrearse, sin máximos esfuerzos de comprensión, en la sencillez empírica de su contenido, bajo la cual se transparentan, no obstante, ocultos significados e idiosincrasias, apozados ahí durante siglos por la cotidiana filosofía de un pueblo. De un pueblo tan filósofo como el árabe.

Aunque la índole y el origen de los refranes, dichos y proverbios sean generalmente popular y oral—como lo dicen sus mismos nombres—ya desde tiempos muy remotos, sabios y poetas le han dedicado a esta silvestre rama del pensamiento humano—que a veces da flores sonrientes y a veces frutos agri-  
y dulces o agudas espinas punzadoras—una íntima atención. Los han recogido o recopilado, o los han modificado o interpretado doctamente. Aun antes que los pensadores árabes, ya Confucio y Salomón escribieron proverbios y sentencias, y después, el marqués de Santillana compiló su *Centiloquio* y Cervantes destiló el jugo sabroso y copioso de dichos y refranes, por la bo-

ca socarrona de Sancho Panza, con la simulada reprobación de Don Quijote y su disimulado regocijo. Y así otros graves escritores. Aquí, acaso más de algún escritor grave se extrañe del esfuerzo gastado por Benedicto Chuaqui, al ofrecernos este nutritivo ensayo de paremiología arábiga, así como han extrañado y desconocido parecidos esfuerzos de don Ramón Laval y de otros folkloristas chilenos.

Interesa en sí mismo el contenido de este trabajo; e interesa doblemente por su relación tan directa con el respectivo acerbo español, y aun, con el nuestro; lo cual el autor ha hecho resaltar y ha ido comentando paralelamente, con evidente sagacidad. Quizá se habría deseado un estudio preliminar más acabado; y un análisis demostrativo y especulativo más concreto y más abstracto al mismo tiempo, sobre la índole y génesis del refrán. En una palabra, una filosofía del refrán. Porque el autor, ya en la pista—digamos—de la cosa, pudo acaso penetrar mejor que nadie en la esencia de ella, y a la vez en el porqué. ¿Qué cosa es un refrán? Algo que alguien pensó y dijo alguna vez delante de otros, y que otro repitió después. Algo gráfico y simbólico, que se grabó en la memoria de los demás, y que al repetirlo los demás, el «dicho» o refrán quedó hecho. Y «lanzado»...

Bien. Si el refrán, como las sentencias y proverbios, encierra casi siempre un sentido moral, así sea de cruda y epigramática la expresión, nos sorprende contatar que algún comentarista haya visto en alguno de los ejemplos de este tratado, compuesto con honesto juicio y mesura por Benedicto Chuaqui, lo contrario precisamente. Nosotros le pediríamos leer, o releer, al noble y pulcro marqués de Santillana, entre otros, que no se sonrojó al decir las cosas como las llaman.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

